

ARTÍCULOS

**Fricciones entre plataformas continentales:
Norteamérica, inmigración y ONG's**

Juan Rodríguez Cuéllar

(Universidad Pablo de Olavide)

Resumen: La plataforma continental anglosajona tiene hoy su centro orgánico imperial en Estados Unidos y en su choque tectónico con la plataforma continental iberoamericana ha logrado incluir a México en su marco económico y militar como nuevo actor intermediario con el resto de pueblos iberoamericanos. La emigración hacia los Estados Unidos es un fenómeno inducido por los propios planes y programas del ideal norteamericano que en su dialéctica de clases y de Estados genera determinados conflictos internos, que en la superficie toma la forma de «guerras culturales», y externos, que han dado lugar a fricciones con la plataforma continental iberoamericana a través de una compleja red de instituciones supraestatales entre las que intersectan las ONGs que han venido cobrando una gran importancia en las últimas décadas.

Palabras clave: plataforma continental, imperios, Norteamérica, México, ONGs.

Abstract: Today, the Anglosaxon continental shelf has its organic imperial center in the United States, and in its tectonic Clash with the Iberoamerican continental shelf, it has managed to include Mexico in its economic and military framework as a new intermediary actor with the rest of the Iberoamerican peoples. Emigration to the United States is a phenomenon induced by the very plans and programs of the North American ideal that, in its dialectic of classes and States, generates determines internal conflicts, which on the Surface take the form of cultural wars, and external ones, which have given rise to friction with the Iberoamerican continental shelf through a complex network of suprastate institutions intersecting the NGOs that have been gaining great importance in recent decades.

Keywords: Continental shelf, empires, Northamerica, Mexico, NGOs.

1. LA PLATAFORMA CONTINENTAL ANGLOSAJONA.

Desde la transformación de la Corona imperial hispánica en las repúblicas americanas y la monarquía constitucional peninsular a través de la dialéctica imperial de finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX fue imponiéndose un relato histórico universal externo cuyo protagonista fundamental era la nación política soberana pero sometida a una reordenación imperial en la que la plataforma continental anglosajona iría adquiriendo una gran importancia e influencia.

En la dialéctica imperial del siglo XIX la plataforma continental anglosajona tuvo su centro orgánico instalado en el Reino Unido para pasar a ser suplantado y sucedido a partir de la primera mitad del siglo XX por los Estados Unidos.

Aunque el periodo de Guerra Fría que va de 1948 y 1991 pudo mostrar a ojos de las poblaciones bajo la influencia de la plataforma anglosajona que existía y se iba conformando otra plataforma continental más, además con su propio relato histórico y *ratio imperii* que dividía el mundo aparentemente en dos polos diferentes, hemos de decir que ni una –la anglosajona–, ni dos –la soviética y la anglosajona–, ni tres –cuando se predica el mundo tripolar–, serían las plataformas continentales, sino que a nuestro juicio estaríamos actualmente ante seis: el continente anglonorteamericano, el ruso-eslavo, el islámico, el chino-asiático y el Iberoamericano.

Con plataforma continental nos referimos a un amplio espacio que ha sido protagonista por aglutinar una concentración cultural –que podemos traducir como civilización– sobre diferentes esferas culturales. Pero esta concentración cultural no debe ser entendida de un modo megárico, de la que se podría deducir la existencia de una esencia identitaria o de un choque de culturas y de civilizaciones incommunicables entre sí, sino que debe ser entendida como una concatenación institucional con capacidad para integrar, ser integrada, o hacer desaparecer a otras concatenaciones en el proceso histórico (Huerga Melcón, P., 2010). De manera que, al modo de los sistemas morfodinámicos, las plataformas continentales han sido regidas por la Ley de desarrollo inverso (Rodríguez Pardo, J. M., 2020), es decir, que a mayor densidad cultural o concatenaciones institucionales superiores menor será el número de esferas culturales independientes en su interior, o de otro modo, menor será la claridad distintiva entre sus esferas culturales y mayor será la integración de las agrupaciones humanas de la plataforma continental.

Se han tomado siete características fundamentales para la identificación de una plataforma continental, si bien algunas de ellas, no han desarrollado plenamente un centro orgánico capaz de reorganizar un sistema imperial. Tendríamos las siguientes características (Armesilla Conde, S., 2014): 1) Lengua mayoritaria; 2) Religión mayoritaria común; 3) Pasado imperial común; 4) Tener una superficie conjunta de más de 10 millones de kilómetros cuadrados; 5) Compartir un sistema político mayoritariamente común entre los estados integrantes; 6) Tener una población en conjunto de más de 300 millones de habitantes; 7) Que al menos dos naciones políticas sean fronteras al interior de la plataforma continental.

Estados Unidos constituye hoy el centro imperial de la plataforma continental anglosajona cuya *ratio imperii* se extiende y tiene sus principales áreas de fricción

principalmente en la Europa occidental y del este, así como a lo largo de todo el continente americano, si bien mostrando diversos grados de relación e interconexión según cada Estado. Como centro imperial de la plataforma anglosajona Estados Unidos, como cualquier otro imperio, ha requerido a lo largo de todo el siglo XX de producir y extender una compleja red de instituciones supraestatales, primero en el continente americano y después en Europa, para poner a su servicio a otras sociedades políticas y hacerlas girar en el torbellino de sus concatenaciones institucionales.

Los estados al sur de los Estados Unidos –California, Nuevo México, Arizona, Texas– pueden ser considerados como zonas de fricción con la plataforma continental Iberoamericana, al igual que los estados al norte de México –Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas– sobre todo cuando los vemos atravesados por el fenómeno de la emigración que afecta al poder diplomático de ambos países. Las poblaciones de emigrantes que principalmente van en la dirección que lleva hacia Estados Unidos vienen a integrar una parte importante de su sociedad civil y hemos de decir que no constituyen por sí mismos ningún tipo de factor de fricción que pudiera transformar alguna parte de la plataforma continental anglosajona, más bien ocurre el fenómeno contrario, es decir, los inmigrantes, sobre todo los que se asientan durante un largo periodo de tiempo o por el resto de su vida, si no ya desde sus mismos países de origen al poco tiempo de su instalación en los Estados Unidos suelen presentar una fácil y rápida adaptación a las instituciones, normas y modos de hacer anglosajones.

Propiamente podemos decir que la fricción entre las placas tectónicas continentales no es tan fácilmente perceptible como el fenómeno de la emigración, sin embargo, una de las fuentes principales de fricción y transformación procede de la heterogénea masa que constituye la sociedad civil, cuyas diversas formas de corrupción en muchas ocasiones se producen por factores externos y terminan afectando de algún modo a las sociedades políticas. Dentro de la dialéctica de Estados e Imperios, aquellas instituciones transnacionales cuya sede territorial se encuentra en el país de salida y que en el país de llegada pasan a engrosar las filas de la sociedad civil, constituyen los principales actores para el trazo de los mapas imperiales metapolíticos. Es el caso, por ejemplo, de las Plataformas Digitales, las multinacionales, las iglesias o las ONGs.

El eje metapolítico imperial anglosajón toma a la democracia en un sentido fundamentalista, es decir, un sistema político puro e incorruptible de igual modo a como se percibía la Iglesia católica durante la edad media. Este mapa geopolítico espiritual busca la extensión de la democracia para liberar al mundo de las trabas naturales que corrompen a las sociedades políticas y les impiden alcanzar su apoteosis democrática dentro de una gobernanza mundial. Lo supraestatal es considerado aquí como una fase de la historia de la humanidad que se va construyendo progresivamente y cuya meta final es la arquitectura de la democracia de un Estado único mundial en el que convergerán todas las sociedades civiles que, como ángeles inmaculados, suelen ser contrapuestos a las sociedades políticas identificadas con el Estado en una situación natural considerada como autocrática.

México, por su posición fronteriza con Estados Unidos y la amplia repercusión política que tuvo en todo el continente su revolución de 1910, constituye dentro del sistema imperial angloamericano un territorio importantísimo para la seguridad nacional estadounidense, entendida esta, no solo como vinculada al aparato militar (cortical) sino también considerando la importancia de México y del conjunto de la plataforma Iberoamericana como un gigantesco territorio para la provisión de materias primas y recursos energéticos (basal).

Los tratados de libre comercio de EE.UU. con México (TLCAN en 1992-1994 y T-MEC en 2018-2020), uno firmado y ejecutado tras el hundimiento de la Unión Soviética y otro en pleno auge económico de China, llegaron precedidos por normas políticas ejemplaristas en un contexto histórico en el que se intuía el inminente hundimiento del bloque soviético y se predicaba triunfo de la democracia liberal y el capitalismo estadounidense. Esta norma ejemplarista unidireccional de relación entre sociedades políticas que favorecía la privatización de la capa basal de los estados sometidos se tornaría en un plano ético depredador y daría lugar, tras varias décadas, a que México volviese a retomar alguna norma ejemplarista, tímida y limitada, con su vecino del norte basada en la “fuerza moral” constitutiva de las tres transformaciones (o revoluciones) históricas de la nación política mediante la reapropiación de los sectores clave de la capa basal como el energético y el petrolero –aunque no el minero en manos empresas transnacionales canadienses, por ejemplo–.

En esta integración económica y defensiva sobrevuela el ideal del Destino Manifiesto, del monroísmo y del panamericanismo clásico, ahora reconvertido en el ideal de Norteamérica que haría un mayor esfuerzo por incorporar en su órbita de influencia a México, Centroamérica y el Caribe. Una idea inventada por el geopolitólogo Roberto A. Pastor que remontaba su origen hasta 66 millones de años atrás, justo cuando impacta un asteroide en la punta norte de la península de Yucatán ardiendo –a su juicio– toda Norteamérica y que tiene entre sus hitos memorables el gran imperio comercial y fluvial constituido entorno a Cahokia, cuatro siglos antes de la llegada de Colón al nuevo continente, que se extendía *«desde Alberta a Nuevo México, en el poniente, y desde Pensilvania hasta el Golfo de México, en el oriente»* (Pastor, R. A., 2012) y que aglutinaba *«4 millones de indígenas, organizados en 3 mil tribus, que hablaban hasta 2.200 idiomas»*.

El determinismo geográfico juega un papel importante en los planteamientos geopolíticos bajo la plataforma continental anglosajona. Es por esto que, inevitablemente, para hacer frente a la “isla Mundial” de Eurasia y África –como la llamara Mackinder– sería necesario fortalecer y unificar bajo el mando estadounidense el continente americano pero, en especial, se trataría de *«envolver la cuenca del Caribe en una zona de comercio libre y movimientos migratorios humanos»* importante por la ampliación y control del canal de Panamá –frente al anuncio de un futuro canal nicaragüense con financiación china– para el comercio procedente de Asia y el desarrollo de las grandes ciudades estadounidenses del Golfo de México, *«mientras las poblaciones de México y Centroamérica, más jóvenes que la estadounidense, proporcionan la mano de obra»* (Kaplan, R. D., 2014, 424) barata y poco cualificada –amplio ejército de reserva del capital–, incorporada a las periferias de las urbes, en la mayoría de los casos en unas condiciones de semiesclavitud, endulzada por unos salarios más altos que los de sus países de origen pero que permiten, en el país de llegada, mantener unos

suelos elevadísimos entre las clases más cualificadas asentadas en los centros de las metrópolis «abiertas y liberales», esto a costa de: la nula cobertura social característica de los Estados Unidos pero, también, a costa del rechazo y reconocimiento de su estatus de ciudadanos en la mayoría de los casos.

Tenemos datos que nos dicen que las poblaciones inmigrantes en Estados Unidos de la plataforma continental Iberoamericana constituyen el 48,5% del total de la población extranjera, siendo la población que más crece. En 2006 estos inmigrantes constituían alrededor de 20,4 millones de personas, de los cuales eran mexicanos 11,5 millones, seguido por puertorriqueños, salvadoreños y dominicanos. En su carácter de indocumentados e irregulares, estos inmigrantes constituyen el 81% del total, representando los mexicanos el 57% (Paz Escalante, A., 2022). Sabemos también que, en los últimos años, y probablemente debido al envejecimiento de la población mexicana, el número mayor de emigrantes hacia Estados Unidos lo encabezan las poblaciones centroamericanas del llamado «Triángulo Norte» (Guatemala, Honduras, El Salvador), con un promedio de edad mucho menor que el de los mexicanos, algo que contrasta, contra toda lógica liberal, con la emigración dada desde Nicaragua, en dirección hacia Costa Rica.

2. METAFÍSICA DE LOS CENÁCULOS ANGLOSAJONES.

Los cenáculos organizados desde la plataforma continental anglosajona se caracterizan por adquirir una multitud de formas institucionales aparentemente desconectadas unas de otras (políticos, comunicadores, celebridades, academias, universidades, multinacionales, ongs, iglesias, etc.) pero que tienen de común servir de correas de transmisión de la labor censora, de criba y filtro de los contenidos metapolíticos de la democracia fundamentalista dirigidos hacia las diversas sociedades políticas sometidas a su influencia imperial.

A nivel filosófico político, lo que caracteriza a todos estos contenidos es su defensa de los aspectos basales del Antiguo Régimen que durante la edad media y moderna fueron gestionados de manera privativa por las iglesias universales y nacionales a través de los contenidos englobados bajo la idea de Gracia, pero que sin embargo, a raíz de las convulsiones imperiales de finales del siglo XVIII quedarían reconfigurados y transformados poco a poco a partir de la idea de Cultura (Bueno, Gustavo, 1996), primero gestionada desde instituciones privadas de tintes burgueses y filantrópicos, y solo más tarde, a inicios del siglo XX, hegemonizadas por instituciones de carácter público estatal.

Lo específico de esta idea de Cultura fomentada desde los cenáculos anglosajones y que nos interesa destacar en este trabajo es algo que ya se ha señalado y advertido en multitud de ocasiones, nos referimos a su carácter atomizador de toda identidad nacional en un sentido político lo que facilita el desarraigo y el control desde instancias supraestatales.

La teoría política del Estado estadounidense desde el siglo XX cae bajo la lógica esclavista y puritana del contrato, entendido como elección libre y racional en conciencia de cada individuo, convirtiéndose de este modo en la base regulativa de todas las asociaciones, grupos e instituciones, de la sociedad civil o política, todo ello bajo la concepción del Estado como una congregación o agrupamiento de corporaciones en las que se repartía y disolvía la soberanía nacional.

Hoy, bajo su condición de centro imperial anglosajón, en Estados Unidos las políticas de identidad y el victimismo son las ingenierías sociales más palpables, desplegadas a partir de las teorías deconstruccionistas, los *cultural studies* y el ecumenismo liberacionista de las iglesias protestantes y católicas, para poner a su servicio al resto de sociedades políticas. Si con la primera generación de izquierda, la jacobina, se agitaba la idea de razón por holización –que además de ser un método racional empleado por las nuevas ciencias positivas (teoría cinética de los gases, química clásica, teoría celular, etc.) tenía ecos de las ideas del padre Juan de Mariana tres siglos atrás: «*Podrán los monarcas proponer nuevas leyes, pero nunca deberán trastocarlas a su antojo, ni acomodarlas a capricho y a sus intereses, sin respetar para nada las Instituciones y el consentimiento de sus súbditos*» personificadas en la imagen alegórica de Marienne, la mujer con gorro frigio símbolo de la República–, bajo el lema «*unite et indivisibilité de la republique: liberté, égalité, fraternité*», ahora, bajo el tutelaje de los cenáculos derechistas liberales anglosajones se agita el indefinido: «*libertad, democracia y piedad*», sin unidad y con múltiples divisiones, donde la piedad heredada de la tradición protestante juega un papel fundamental para la legitimación del irracionalismo a través del culto al sufrimiento y a la vulnerabilidad.

Echando un vistazo a la producción literaria con implicaciones geopolíticas, conscientes o no, dentro del radio de influencia de la plataforma continental anglosajona podemos apreciar que tales discursos y argumentos tienden a construirse sobre el dualismo hegeliano Naturaleza/Espíritu (Rodríguez Pardo, J. M., 2020). De este modo, desde el siglo XIX hasta la actualidad podemos apreciar que la cuestión racial ha jugado un papel fundamental en la interpretación de la historia angloamericana, adoptando multitud de formas y desarrollando su curso salvando los diques que la geografía le ha ido imponiendo, si bien hoy día como en tiempos de Le Bon, un modo de contener la supuesta naturaleza humana degenerada y psicopatológica, tanto hacia el interior de los Estados Unidos como hacia sus colonias y países sometidos a su *ratio imperii*, ha sido fomentando ideales personales de gratificación inmediata (*american dream*) mediante ingenierías sociales como las políticas identitarias que sirven de «opio del pueblo» y tienden al vaciamiento de las naciones políticas diluyéndolas en el espíritu del fundamentalismo democrático del Estado único mundial.

Desde los cenáculos de la geopolítica y en el gremio de los realistas políticos, estudiosos como Samuel Huntington se opusieron al ideal liberal del Estado único mundial defendidos desde la conocida teoría del Fin de la Historia de Francis Fukuyama, sin embargo, y a pesar de plantear la necesidad de un mundo multipolar para salvaguardar la seguridad mundial, sus análisis parten de la dicotomía heredera del espíritu absoluto de Hegel, Naturaleza/Espíritu. Es decir, para Huntington – como también para Robert D. Kaplan– existen una serie de civilizaciones mundiales, megáricas e incommunicables que deberían mantener un determinado equilibrio internacional para poder desarrollarse y garantizar el orden mundial, sin embargo, entre estas civilizaciones desaparece la plataforma continental Iberoamericana que más bien constituiría una zona gris, marcada por manifestaciones patológicas propias de sociedades políticas subdesarrolladas y con predominio de un mestizaje que en su tendencia degenerativa imposibilitaría incluso toda posibilidad de mantener cierta *intelligentsia* en la línea de una tradición católica. El peligro de esta zona gris hoy en día quedaría patente en las grandes emigraciones y «caravanas migrantes» que se siguen sucediendo –estas

Mas allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

últimas, sobre todo organizadas desde Honduras— y que a la postre podrían generar un contagio cultural con tendencia a corromper a la plataforma continental (o civilización, en terminología de Huntington) anglosajona.

Esta tesis basada en una superioridad indiscutible de una civilización megárica blanca anglosajona, fundamentalmente protestante, fue asimilada en el caso de México, tanto por las generaciones de izquierda liberal, como de izquierda marxista-leninista e incluso de izquierda socialdemócrata, debido sobre todo a la gran influencia ejercida por la literatura anglosajona: con su anticlericalismo católico y su leyenda negra. En nuestros días, sigue siendo patente esta interpretación en clave racial heredera del hegeliano espíritu absoluto, sería el caso, por ejemplo, del realista político mexicano Alfredo Jalife, cuando tiende a interpretar el papel de la emigración de las poblaciones de la plataforma Iberoamericana hacia los Estados Unidos como síntoma de una futura revolución que permitirá la reapropiación por parte de México de los territorios arrebatados por Estados Unidos. Jalife remarca la necesidad de concretar ante qué tipo de emigración estamos asistiendo. No sería correcto englobar a la emigración desde la plataforma Iberoamericana bajo la categoría de emigración latina o hispánica — categoría aberrante a su juicio— puesto que la mayoría de esta emigración está compuesta por mexicanos que, además, se diferencian del resto de poblaciones iberófonas por su acentuado carácter «más» guadalupano que católico, así como por trayectorias históricas y teológicas diferentes. A su entender, la clasificación, al menos, podría establecerse distinguiendo entre: por un lado, el «*sincretismo singular*» de los mexicanos y, por otro lado, latinos no-mexicanos, en su mayoría evangélicos ligados al sionismo, sobre todo los centroamericanos y brasileños: «*Así como el Censo de Estados Unidos clasifica sin rigor a los “blancos no-hispánicos”, le sugiero adoptar para el restante 38% de los respetables cubano-centro-americanos la denominación “latinoamericanos no-mexicanos” para la minoría de “hispánicos” con diferentes vivencias históricas en Estados Unidos que la mayoría mexicana*» (Jalife, A., 2021).

Desde luego, en un nivel gnoseológico, nos parece acertado la diferenciación por nacionalidades de los inmigrantes en los Estados Unidos, pero no sólo en el caso de México, sino también del resto de pueblos Iberoamericanos, sobre todo, para poder proceder a un análisis más consecuente con la dialéctica de clases y Estados. Sin embargo, desde un plano filosófico político y geopolítico, la inmigración en Estados Unidos catalogada como «hispanic» o «latina» es el resultado histórico de las fricciones sucedidas a lo largo de siglos entre dos plataformas continentales que muestran una serie de concatenaciones institucionales que todavía, parece ser, mostrarían ciertas diferencias, si bien dicha catalogación, viene a constituir también una propaganda muy marcada al interior de los Estados Unidos utilizada sobre todo en sus procesos electorales y en la constitución de un imaginario nacionalista.

Nos parece encontrar en esta clasificación y argumentos de Jalife idénticas tesis a las de Huntington respecto al «choque de civilizaciones» en un sentido megárico, que tienden a desenvolver su idiosincrasia metafísica, bien sea en la del pueblo elegido protestante (WASP) o en la del pueblo guadalupano-católico (mestizo), en un entorno gris en el que deben superar las trabas impuestas por la Geografía (o la Naturaleza) de un modo pragmático y no, desde nuestras coordenadas, resolviendo la Geografía como un mero producto de la acción de imperios

universales, como sería el caso, dentro de la plataforma Iberoamericana de la lengua española y portuguesa, producto de las interrelaciones entre una comunidad de pueblos.

Desde los cenáculos académicos y universitarios organizados desde la plataforma anglosajona predomina una interpretación más cercana a las tesis liberales del Fin de la Historia de Fukuyama y más alejadas de los realistas políticos. Aquí el dualismo Naturaleza/Espíritu se transforma en el de Estado/Gobernanza y la idea de dialéctica de Imperios desaparece para acogerse a la metafísica de una sociedad civil mundial organizada en torno a instituciones supraestatales, eso sí, diseñadas desde el centro orgánico imperial anglosajón. La Geopolítica se define ahora como una voluntad de poder entre Estados, conformando el estado natural de las sociedades incivilizadas, populistas y autoritarias, como un estado meramente etológico que debe superarse de acuerdo a un progreso social que borraría el lastre morfológico de las naciones políticas para en el límite constituir una sociedad civil mundial desligada de las cadenas de los Estados. Dentro de estas ideas, encontramos afirmaciones como la del ideólogo del norteamericanismo Roberto Pastor para quien la Historia y la auténtica democracia en México surgiría a partir de los primeros acuerdos de integración económica con Estados Unidos en la década de los 90 del siglo XX: «*De 1929 a 2000 el líder del PRI también fue el presidente del país y gobernó de forma similar al emperador azteca y el virrey español –con control absoluto–*» (Pastor, R., 2012).

3. LAS LUCHAS CULTURALES Y LA EMIGRACIÓN COMO SUJETO INVOLUCRADO EN LA DIALÉCTICA DE CLASES Y DE ESTADOS.

«*Ningún ser humano es ilegal*» se oye decir en los cenáculos del *establishment* académico donde sus construcciones teóricas parecen diseñarse al margen de los mapas políticos, sobre un papel en blanco. Estamos ante unas posiciones que podríamos llamar de Humanismo edificante por medio de las cuales no se utilizan los conceptos de emigración o inmigración sino de migración, de modo que se resalta su conceptualización etológica (migración de aves) quizás como una manera de obviar u ocultar los componentes históricos del lugar de salida (emigrante) que constituye uno de los componente principales para identificar la sociedad política (morfológica) que ha moldeado al emigrante, así como el lugar de llegada (inmigrante) que supone el cruce de unas fronteras generadas también a partir de procesos históricos.

Se borra y eliminan de estos análisis tanto a las fronteras como a las sociedades políticas y se habla de las migraciones como un problema a resolver al margen de los Estados, mediante instituciones supraestatales que, según se dice, no dependerían de ningún Estado y estarían más próximas a la condición humana de los migrantes. En este sentido, se dice que uno de los principales motivos de las emigraciones sería la corrupción de la sociedad política y de todo lo que tenga que ver con la voluntad de poder que representan los Estados. Esta es, al mismo tiempo, la acusación lanzada recientemente desde el gobierno del presidente de los Estados Unidos Biden y su *Deep State* hacia los países centroamericanos del Triángulo Norte y que ha dado lugar a la creación de la lista Engel, cuyo nombre proviene del ex congresista demócrata de Nueva York Eliot Engel, en la que se recopila una lista de personas funcionarias del gobierno y del sector público de países centroamericanos investigados por delitos de corrupción (Jalife, A., 2021).

Se trata de una manera de presionar y chantajear a los gobiernos de estos países con la amenaza de hacer pública dicha lista, retirar visas e incluso bloquear propiedades a los enlistados. Una forma también de eludir razones históricas y políticas a partir de las cuales queda demostrada las constantes intervenciones de Estados Unidos en las sociedades políticas de la plataforma continental iberoamericana cuyas acciones más palpables han sido la multitud de golpes de estado fomentados y subvencionados desde la política de Alianza para el Progreso en la década de los setenta hasta hoy día, propiciando la ruptura del tejido social, de patrones políticos y de la soberanía nacional, por ejemplo, tenemos casos recientes como el golpe de Estado en Honduras contra el presidente Manuel Zelaya el 28 de junio de 2009, país, que desde la década de los 70 viene siendo gobernado por una serie de élites aristocráticas bajo el amparo de los Estados Unidos; o el magnicidio del presidente de Haití Jovenel Moïses el 7 de julio de 2021, perpetrado por mercenarios colombianos entrenados por el Pentágono.

Si nos quedamos en el plano de análisis de la propaganda en la política interna de los Estados Unidos en un sentido extrapolítico, subcultural y étic, donde las diferencias políticas entre izquierda/derecha quedan borradas por su convergencia en el fundamentalismo democrático, nos saldrán al paso lo que hoy se denominan las «guerras culturales» o «pack ideológicos» entre los dos bandos de su polarizada y fragmentada sociedad que oculta en el fondo los efectos de la dialéctica de clases y Estados en el propio seno de los Estados Unidos: 1) En primer lugar, tenemos el polo que giraría en torno al Partido Republicano de Donald Trump, que supuestamente estaría integrado por los WASP, el evangelismo sionista, que tendría a Texas como estado más representativo, a Samuel Huntington y el autoritarismo como base ideológica, y que estaría levantando una lucha frente a la inmigración y el «socialismo» (izquierda socialdemócrata e izquierda liberal); 2) En segundo lugar, tenemos el polo que giraría en torno al Partido Demócrata ahora representado por Biden, supuestamente integrado por los liberales progresistas, con la máxima figura de los banqueros Rothschild, con el Estado de California como estado más representativo, bajo la ingeniería social de la generación *woke*: el multiculturalismo, el Proyecto 1619 o las agendas de Black Live Mathers y LGBTQ.

Hemos clasificado a la sociedad política estadounidense en dos polos subculturales a manera de una lista de lavandería que en apariencia no tienen nada que ver con la política, pero ahora vamos a hacer un esfuerzo interpretativo para intentar averiguar qué alcances políticos pueden tener.

Antes de nada, debemos tener muy presente que uno de los planes y programas depredadores de la *ratio imperii* de la plataforma anglosajona en América es, respecto a los países de México, Centroamérica y el Caribe –una vez logrado la ruptura del tejido social y económico– el trasvase de emigrantes como ejército de reserva de capital. Esto se produce, entre otras cosas, como efecto del bloqueo y sumisión tecnológica realizada por Estados Unidos a estos países, lo que favorece: el diseño de políticas de privatización de los recursos naturales y la neutralización de la capacidad productiva y de innovación.

La dependencia tecnológica es algo que se puede constatar en el caso mexicano que, sin necesidad de ir muy atrás en el tiempo, como podría ser la firma de los

Mas allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

Tratados de Bucareli (1923), se da en los mismos programas económicos del TLCAN y T-MEC, donde hay una clara ausencia de «transferencia tecnológica» y se imponen exigencias respecto a los servicios financieros y la propiedad intelectual (Jalife, A., 2021).

Si atendemos ahora a las dos subculturas que hemos caracterizado como propias de la sociedad estadounidense polarizada, ¿qué tendrían que decirnos respecto a estos planes y programas imperiales? Lo que podemos apreciar son diferentes estrategias para afrontar la inmigración, por un lado, la de aquellos grupos altamente cualificados que ven en las políticas identitarias y multiculturales una manera de atomizar y desarraigar la sociedad para evitar cualquier tipo de intromisión en sus privilegios por medio de algún tipo de asociación y reivindicación de gran impacto desde las clases subalternas. Por otro lado, encontramos a aquellos que, desde una escala morfológica nacional, rechazan abiertamente la inmigración favoreciendo la asociación y organización de las clases subalternas blancas (WASP) frente a las élites liberales progresistas.

Ambos polos, a la vez que están involucrados en los planes y programas de la *ratio imperii* estadounidense, han convergido en la construcción y militarización del muro en la frontera con México desde 1990 principalmente por motivos sujetos principalmente a los procesos electorales.

Uno de los principales efectos en Estados Unidos de esta dialéctica de Estados envuelta por los planes y programas imperiales ha sido la gentrificación y segregación cultural en las distintas urbes receptoras de inmigrantes. Desde luego, esta inmigración ha favorecido la economía estadounidense, propiciando el mantenimiento de niveles adecuados en los sectores agrícolas, de servicios y hospitalarios –como se ha llegado a ver a partir de las consecuencias de la pandemia de covid–, en los que se han beneficiado las élites liberales y cosmopolitas empresariales. Un caso peculiar es el de la aparición de los famosos centros comerciales hispanos que se consolidaron para reactivar un sector en decadencia desde inicios del siglo XXI, como el caso de The Legaspi Company, empresa de bienes raíces y mercadeo minorista especializada en áreas urbanas e hispanas en los Estados Unidos (Paz Escalante, A., 2022), cuyo presidente y fundador José de Jesús Legaspi nació en Zacatecas (México) y fue educado en la Universidad Loyola Marymount (Estados Unidos, 1970-1974).

Otro de los efectos destacados de esta dialéctica en los Estados Unidos es la aparición de multitud de planes secesionistas en aquellos estados receptores de gran número de inmigrantes de la plataforma continental iberoamericana, ya sean enclaves del Partido Demócrata, como California (calexit), o ya sean enclaves del Partido Republicano, como Texas (texit) que, además, se caracterizan por ser los dos Estados con mayor PIB de Estados Unidos, uno gracias a Silicon Valley y su GAFAT (Google, Amazon, Facebook, Apple y Twitter) como instrumento de control global, y el otro, sede de la explotación petrolífera con el famoso fracking.

Ahora bien, en esta dialéctica de clases y de Estados podemos ampliar el foco más allá de los Estados Unidos y daremos con las verdaderas zonas de fricción, donde se desarrollan las guerras híbridas, entre plataformas continentales –la anglosajona y la iberoamericana– si bien, con una clara desventaja por parte de la comunidad iberoamericana, debido a la ausencia de una potencia capaz de

convertirse en centro orgánico imperial y, en parte, gracias a las operaciones de neutralización y desestabilización desencadenadas desde el centro orgánico imperial anglosajón.

Los canales para llevar a cabo la fricción y desestabilización en países sometidos o no a la *ratio imperii* anglosajona se desenvuelven desde la heterogénea y conflictiva sociedad civil en la que el prestigio de las ONGs sigue jugando un papel destacado para movilizar a líderes locales y comunidades de base, desplegando sus redes y creciendo como hongos para en un momento dado y oportuno responder a los intereses antiestadistas de sus financiadores (gobiernos, capital financiero, empresas transnacionales, filántropos, instituciones religiosas o ecuménicas), por lo común, con asiento en los Estados Unidos, en el Reino Unido o en los países nórdicos y de Europa occidental, con una inmensa y compleja red de medios de comunicación disponibles para ayudar a las ONGs en su papel de grupo de presión.

En 2015, cuando Joe Biden era vicepresidente en el gobierno de Barack Obama, se tenía trazado un plan para Centroamérica denominado Plan Alianza para la Prosperidad (PAPTN) que prometía atajar las causas estructurales de la emigración desde El Salvador, Guatemala y Honduras por medio de dos tipos de acciones: 1) la primera, mediante la apertura, privatización y desregulación económica tradicional aplicada por Washington para hacer dependientes a las sociedades políticas de su área de influencia al dismantelar las cadenas productivas, los mercados internos y generar grandes desplazamientos humanos; 2) la segunda, el fortalecimiento de la seguridad.

Los años de intensificación de las «guerras culturales» entre las filas del Partido Demócrata y el gobierno republicano del presidente Donald Trump fueron aprovechados por algunos países para elaborar leyes basadas en un mayor control y seguimiento a las acciones políticas de las ONGs. Fue el caso de Guatemala, donde se aprobó –a inicios del nuevo gobierno estadounidense de Joe Biden– una Ley de ONG promulgada el 27 de febrero de 2021 por el presidente Alejandro Giammattei, siendo suspendida temporalmente cuatro días después por medio de un recurso legal de varias entidades y personas particulares. La disconformidad entre miembros de la Corte de Constitucionalidad que meses después no formaron parte de la misma en la revocación de tal suspensión, llevaron a la juez anticorrupción Gloria Porras a reunirse con la vicepresidenta de Estados Unidos Kamala Harris, encargada de elaborar y coordinar la ingeniería social destinada a someter a los países del Triángulo Norte a los planes y programas de la *ratio imperii* que, a pesar de marcarse como objetivo acabar con la corrupción para frenar la emigración, en la práctica viene propiciando el efecto contrario, es decir, la potenciación indirecta de la emigración hacia los Estados Unidos.

Dentro de la compleja red institucional coordinada para llevar a cabo este plan encontramos principalmente al *establishment* académico diseñando el aparato teórico a través de las teorías de la interseccionalidad, el victimismo, la ideología de género, la idea de gobernanza, las teorías identitarias, etc., que serán incorporadas en las distintas Universidades como parte de los contenidos en los estudios sobre emigración, propiciando las visiones del migrante como empresario de sí mismo desde la perspectiva de la idea de capital humano por la que se deduce que uno de los factores principales de estas movilidades

transfronterizas pasa a ser una inversión de futuro y que en todo caso sus enemigos no son las élites liberales transnacionales sino los hombres o mujeres blancos. El aparato ideológico de los medios de comunicación, donde hoy juega un papel importante las plataformas digitales de contenidos audiovisuales, servirá de enlace entre el *establishment* académico y el conjunto de las poblaciones consumidoras. Por último, encontramos a las ONGs que, según el plan de Kamala Harris, serían las instituciones que recibirían directamente la ayuda de 4 mil millones de dólares y no los gobiernos centroamericanos, acusados de corruptos. Como financiadores de esta compleja red extendida y producida desde los Estados Unidos se encontrarían las siguientes fundaciones: George Soros, Rockefeller Brothers Fund, Ford Foundation, Foundation for a Just Society, The Seattle International Foundation (Jalife, A., 2021). Todo este gran aparato institucional logra su objetivo al impedir la articulación de soluciones a partir de instituciones a escala nacional e internacional que lograsen asociar y unir a los trabajadores emigrantes irregulares para luchar por unas condiciones de vida más dignas y favorables.

Entre los objetivos buscados por la ley de organizaciones no gubernamentales en Guatemala destacan el de dar al ministerio de Gobernación la potestad de eliminar a cualquier ONG que considere que viola el orden público, así como también, el aumento del control financiero sobre las mismas. En el caso de Nicaragua, donde también se aprobó una ley de Regulación de Agentes Extranjeros, se buscaba el registro como «Agentes Extranjeros» en el ministerio de Gobernación a todas aquellas ONGs o individuos que recibieran financiación extranjera y la prohibición a sus miembros para ejercer cargos públicos e interferir en asuntos políticos.

Al trazado de estos planes y programas para el Triángulo Norte que potencian lo que el antropólogo mexicano especialista en emigraciones ha venido a llamar «pobreza neoliberal», es decir, la disminución de los salarios mínimos en conjunción con la maximización de las expectativas y necesidades de consumo entre las poblaciones, se sumó el gobierno mexicano de Andrés Manuel López Obrador, como integrante del espacio económico y de seguridad de Norteamérica junto a Estados Unidos y Canadá, en un acuerdo binacional que conjugaba los proyectos mexicanos Sembrando Vida y Jóvenes Construyendo Futuro para dar lugar al plan Sembrando Oportunidades. Este plan que viene a ser una continuación del anterior es maquillado bajo otro nombre y utilizando a un país de la plataforma continental iberoamericana como intermediario e interlocutor con los países del Triángulo Norte centroamericano. Mientras México saca en provecho con esta acción la inversión en infraestructuras en el istmo de Tehuantepec a través de la Agencia de Comercio y Desarrollo de los Estados Unidos (USTDA) y del Departamento de Comercio y la inversión para implementar la legislación laboral de acuerdo al T-MEC, legitima la lucha estadounidense contra la corrupción en Centroamérica para cortar los flujos de emigración dejando de lado a sus gobiernos como agentes destinatarios de la financiación y colocando en primer plano a las Agencias de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), la Agencia Mexicana de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AMECIXD) y las ONGs. Todas estas buenas intenciones basadas en el impacto del lenguaje utilizando sintagmas como «desarrollo sustentable», «crecimiento económico equitativo», «igualdad» se basan en la asistencia financiera y técnica de multitud de microproyectos que se

Mas allá de la serie (μετάβασις εἰς ἄλλο γένος)

ha demostrado desde hace décadas que para nada influyen en las condiciones estructurales de vida de las poblaciones afectadas por las mismas. Se busca el arraigo y se moviliza a las poblaciones para producir en los márgenes en condiciones de competencia por los escasos recursos, generando de este modo la división y rivalidades que perjudican la solidaridad de clases mientras que los sectores económicos privados y altamente tecnologizados en Estados Unidos tendrán campo abierto para sus proyectos de explotación de las materias primas (Petras, J., 1997).

Durante el Diálogo Económico de Alto Nivel (DEAN) realizado en septiembre de 2021 en Washington, Marcelo Ebrard, ministro de relaciones exteriores de México dijo que en 2022 se presentaría de manera formal una propuesta desde México en nombre de Latinoamérica para sustituir a la Organización de Estados Americanos (OEA) por un nuevo organismo. Unos meses antes, en julio de 2021 el presidente Andrés Manuel López Obrador instó a los ministros de relaciones exteriores de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) a sustituir a la Organización de Estados Americanos (OEA), según dijo, por un organismo que no fuera «*lacayo de nadie*», sin embargo, en la reunión de la CELAC realizada en septiembre, después de la reunión de la DEAN, no hubo ningún interés por discutir la propuesta de México. Aunque aparentemente pudiera parecer que se pretendía acabar con la hegemonía de los Estados Unidos en el continente americano la verdad es que se trataba de establecer, ante la inestabilidad internacional y el estancamiento económico y tecnológico de los Estados Unidos, las bases para una nueva fase del monroísmo que ahora tenía a México como interlocutor e intermediario siendo integrante del eje económico y militar de Norteamérica.

4. BIBLIOGRAFÍA CITADA.

Armesilla Conde, S. (2014). *Las plataformas continentales: una división geopolítica del Mundo desde las coordenadas del materialismo filosófico de Gustavo Bueno*. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 41(1), [fecha de Consulta 3 de Marzo de 2022]. ISSN: 1578-6730. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18153274005>

Bueno, G. (1996), *El mito de la cultura*. Barcelona: Editorial Prensa Ibérica

Jalife, A. (2021), *El espejo negro de Estados Unidos: la migración latinoamericana*. Ciudad de México: Ed. Orfila

Huerga Melcón, P. (2010). *El mono vestido. Glosas para una introducción a la filosofía materialista de la cultura de Gustavo Bueno*. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 28(4), [fecha de Consulta 3 de Marzo de 2022]. ISSN: 1578-6730. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=18118913004>

Kaplan, R. D. (2013). *La venganza de la geografía. Como los mapas condicionan el destino de las naciones*. Barcelona: Ed. RBA Libros S.A.

Pastor, R. A. (2012). *La idea de América del Norte. Una visión de un futuro como continente*. Ciudad de México: Instituto Tecnológico Autónomo de México

Paz Escalante, A. (2022). *Ndunthi Dumüi: latidos del corazón en la migración otomí. Circuitos migratorios, remesas afectivas y sororidades entre Ixmiquilpan, Texas y Florida*. Ciudad de México: PhD thesis.

Petras, J. (1997). *El postmarxismo rampante. Una crítica a los intelectuales y a las ONG*. *Viento Sur*, Nº 31, pp. 35-46.

Rodríguez Pardo, J. M. (2016). *El materialismo filosófico como Geopolítica*. *Revista Metábasis*, Nº 5, pp. 47-57.

Recibido: 18 de Marzo de 2022.

Aceptado: 07 de Abril de 2022.

Evaluado: 14 de Abril de 2022.

Aprobado: 23 de Abril de 2022.